

¿QUÉ ME FALTA TODAVÍA? SER CRISTIANO HOY

Autor y Asesor: Joaquín Caldevilla Bujalance

El Objetivo de este curso es ayudarte a reflexionar sobre el Evangelio y la vida de Jesucristo de un modo más moderno, más acorde con la mente y las necesidades espirituales de una persona joven que quiere conocer bien el mundo en que vive e influir en él con espíritu verdaderamente humano y, más aún, cristiano (que no se oponen).

Lecciones con temas básicos para tu vida, relacionados con momentos concretos de la vida de Jesús. Cada texto va encabezado por el texto correspondiente del Evangelio seguido de unas reflexiones personales. Esas reflexiones han sido enriquecidas con palabras de la Sagrada Escritura, de escritores de los primeros siglos del cristianismo, de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, y de otros autores, intercalando algunas consideraciones de jóvenes con inquietudes. Y se incluyen también ideas tomadas de novelas, escenas de películas y estrofas escogidas de poemas y canciones, así como relatos e historias.

LECCIÓN 1. EL COMPROMISO CRISTIANO

En esta primera lección profundizaremos en la radicalidad de la invitación de Cristo, el compromiso Cristiano y la crisis de fe que puede existir en nuestras vidas y donde encontrar la fuerza para superarla

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida». (...)

Entonces, oyéndole muchos de sus discípulos, dijeron:

«Dura es esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?» (...)

Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él. Entonces Jesús dijo a los doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?» Le respondió

Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras

de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Santo de Dios» (Juan 6, 51-69)

Es fácil imaginarse la escena. Estas palabras, pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm después de haber multiplicado los panes y los peces, y las de los discípulos que le abandonan, y la respuesta de Pedro a la pregunta clara, nítida de Jesús, constituyen un momento intenso, que dejó huella y que ya nunca olvidarían, en la vida de los apóstoles. Contemplan un Jesús que no busca el triunfo fácil, ni un seguimiento folklórico o sólo emotivo, que le hubiera sido fácil conseguir: bastaban unas palabritas políticamente correctas sobre lo que quería enseñar, pues tenía a la gente ganada después de haber dado de comer hasta hartarse a más de cinco mil personas con sólo cinco panes y dos peces. Habría quedado de maravilla ante el pueblo, habrían sonado aplausos y gritos de ¡Viva Jesús de Nazaret! ¡Viva el gran profeta! y todos se habrían marchado a casa contentos y con deseos de volver al día siguiente y oírle contar más cosas.

Pero no, Jesús no actuó así. Sabía bien lo que había provocado. Les anunció con toda su fuerza (varias veces lo dice) el misterio de la Eucaristía: el pan y el vino convertidos en su Cuerpo y su Sangre, alimento de vida eterna. El que pueda entender que entienda; esto es lo que hay. Se forman corrillos de gente, como en el aula o el pasillo después de una clase exigente o tensa, y se comenta en voz baja. La gente que le escucha manifiesta, primero con el gesto y después con palabras, su desconcierto: se lamenta, se escandaliza... Porque las palabras de Jesús son claras, inequívocas: mi carne, mi

sangre, no tendréis vida eterna... Muchos comienzan a marcharse, y desde ese momento dejan de estar interesados en seguirle.

Ante esta situación cabría esperar una corrección, una matización al dirigirse a continuación a los apóstoles.

Pues tampoco. Jesús se encara a los pocos que han resistido a su lado, a los de su confianza, y no cambia ni una letra: ¿También vosotros queréis marcharos? En la actualidad, desde hace ya unas cuantas décadas, se está produciendo una situación parecida. Muchas personas que se definían cristianas están atravesando momentos de crisis. Por diversas circunstancias fuertes cambios culturales y sociales, dificultades familiares y conflictos laborales, desconocimiento de la vida y las enseñanzas de Jesucristo, cada vez encuentran menos atractiva la vida cristiana, y la han abandonado en la práctica.

Como mucho se consideran culturalmente cristianos: aprecian muchos valores del Evangelio, asisten a algunas ceremonias, y poco más. Cualquier planteamiento serio de la fe les parece una exageración, incluso fanatismo. Se les podría aplicar aquella queja que Jesús toma del profeta Isaías: Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí.

Aunque esto ya lo había previsto Jesús. Lo explicaba en una ocasión, poniendo un ejemplo: un sembrador (Dios) que salió a sembrar su semilla (su Palabra) en su campo (el mundo). Y parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la comieron; ese camino representa a los que están habitualmente con un pie dentro y otro fuera, los poco comprometidos: duran poco, se marchan pronto. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había

mucha tierra, y brotó pronto por no ser hondo el suelo; pero cuando salió el sol se agostó, y se secó porque no tenía raíz; y es que es muy difícil ser fiel a Dios cuando llegan los problemas si uno no está bien enraizado en Él, y a través de esa raíz se nutre y crece día a día. Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la ahogaron, y no dio fruto; bastantes han caído en esa red, en esa tela de araña que asedia continuamente, buscando ocupar todo su espacio y todo su tiempo: dinero, tiendas, medios tecnológicos, diversiones... Menos mal que otra parte cayó en tierra buena, y comenzó a dar fruto; pero incluso entre los comprometidos hay diferencias: el 30, el 60 y el 100 por uno⁵.

No obstante, también es cierto que desde hace unos años algo ha cambiado. Parece haber un buen grupo de jóvenes muy motivados por el ejemplo y las enseñanzas de algunos santos recientes especialmente de Juan Pablo II: muchos han nacido después de 1978 y se consideran la generación Juan Pablo II, ayudados por un sacerdote, una religiosa, alguna institución, un movimiento, que ven las cosas de otro modo, y quieren un cristianismo más auténtico: Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob. Ellos están invirtiendo la tendencia, aunque la reacción es todavía pequeña y poco conocida, y hay grandes masas de gente que ni se plantean el tema. Y también es posible encontrar personas menos jóvenes que, después de unos años de desorientación, de vagar sin rumbo claro, vuelven a Dios y a la Iglesia, e incluso publican libros en los que cuentan su recorrido espiritual para que sirva a otros que se encuentran perdidos como ellos...

Dura es esta enseñanza. Tú sabes, Jesús, que esto es lo que leo tantas veces en los ojos de mis amigos, cuando mi vida contrasta con la suya, y no acaban de entender por qué soy así. Dura es esta enseñanza, me dicen con su mirada cuando les propongo metas más altas, horizontes nuevos, exigentes y veo ese miedo, ese rechazo: Dura es esta enseñanza.

Señor, ¿a quién iremos?. Jesús, estoy cansada de ver ojos tristes, vacíos, perdidos, por la calle, por los pasillos de la Facultad. No dejes, Jesús, que se apague en los jóvenes esa hambre de verdad, esa inquietud, esa rebeldía buena: nos la has puesto tú en el corazón.

Entonces, esa crisis espiritual, ¿se puede superar? Claro que sí. ¿Cómo? Hay unas palabras de la Ley de Moisés repetidas siglos después por Jesús... ¿Te acuerdas?: Escucha Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Conservarás estas palabras que te mando hoy en tu corazón, y se las enseñarás a tus hijos, y las dirás sentado en casa y andando por el camino, al acostarte y al levantarte. Hay que creer en Dios de verdad. No un poco, ni sólo como lo prioritario entre varias cosas igual de importantes. Dios ha de ser amado con todo nuestro ser, como lo único realmente importante, como lo que da sentido a todo lo demás: mis ocupaciones, ilusiones, intereses, ambiciones. Pues, en definitiva, ¿qué soy yo sin Dios, ¿cómo puedo dar un significado pleno y valioso a mi vida sin colocar en el centro a Aquél que ha querido que yo exista? Amar a Dios por encima de todas las cosas, y amar a los demás como Él los ama: éste es el mandamiento esencial, el

resumen y el alma de todo lo que hay que hacer, sin lo cual no se puede llevar a cabo lo demás como es debido. Estas palabras pueden sonar un poco a fanatismo: ¿no es demasiado radical, poco comprensivo con la libertad de cada persona? O también cabe pensar: ¿no es entonces Dios un inmenso egoísta, que quiere todo y a todos para Él? Quizá, aunque también se puede comparar a un padre que quiere compartir todo lo suyo con sus hijos, y desea que sean tan felices como él, pero a la vez les da el dinero necesario para que puedan irse de casa en cualquier momento si lo desean, y también las llaves de casa para que puedan volver cuando quieran. Se parece más al padre del hijo pródigo, ¿verdad? ¿Y llamarías egoísta a un padre así? Claro que no: más bien le estarías muy agradecido. Y, al descubrir el gran amor de ese Padre, nuestro corazón cambia y grita: Señor, no debo olvidar nunca que sin Ti no soy nada, y que mi actitud interior ha de ser la de quien moriría por Vos y procura vivir cada jornada y ocupación como si fuera nuestro último día en la Tierra.

Al crearte, Dios ha querido establecer una alianza contigo.

La palabra alianza tiene en nuestros días un sentido principalmente sociopolítico y económico: alianza de civilizaciones, alianza atlántica, alianza comercial; casi siempre como un pacto o acuerdo entre varios para defenderse de un enemigo común o para ayudarse a alcanzar unos objetivos. Pero su sentido originario es sobre todo personal: todavía hoy es el anillo que se entregan los novios como muestra de su deseo y compromiso de amarse toda la vida. Es la relación paterna y de amor que Dios estableció con Abraham y

Moisés, y a través de ellos con el pueblo de Israel (Antigua Alianza); y después por medio de Jesús con cada cristiano en la Iglesia (Nueva Alianza). En las traducciones antiguas de la Biblia se habla de Antiguo y Nuevo Testamento, para indicar que esa alianza no es sólo un simple acuerdo entre dos iguales, sino un don infinito que se nos hace, Dios que se entrega a Sí mismo como herencia. Sea como sea, toda alianza incluye fidelidad, compromiso, aceptación, amor.

Hay que evitar, por tanto, plantear la relación con Dios como un simple cumplimiento exterior, algo superficial y poco serio que no compromete demasiado, pues Él no lo acepta: ¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios? ¡Estoy harto de holocaustos de carneros, y de grasa de animales cebados! La sangre de novillos, corderos y machos cabríos ¡no la quiero! Cuando venís ante Mí, ¿quién pide eso de vuestras manos para pisar mis atrios? No traigáis más ofrendas vanas. (...) Mi alma aborrece vuestros novilunios y solemnidades, me resultan una carga, estoy cansado de soportarlos. Cuando eleváis vuestras manos, me tapo los ojos para no verlos. Cuando multiplicáis vuestras plegarias, no os quiero escuchar: vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestras obras, dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Estas palabras suenan todavía más fuertes si tienes en cuenta que en el caso de los israelitas su relación con Dios se materializaba externamente así se lo pidió Él mismo en el rezo diario de ciertas oraciones transmitidas de padres a hijos, y en la repetición anual de algunos sacrificios rituales.

Lo que Dios busca es otra cosa, más honda y radical:
Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo; los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: He aquí que vengo, como está escrito de mí al comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad. Dios, al hacerse Hombre en Jesús, ha querido que su relación con nosotros tenga carne y huesos, que sea personal, concreta, práctica, viva; es decir, materializada en momentos y lugares concretos.

Pero no se trata tanto de dar cosas a Dios (tiempo, dinero, oraciones) como de mantener el corazón abierto, disponible para lo que Él quiera pedirnos. Y eso sabiendo que Dios no necesita nuestras cosas, pues todo lo que existe procede de Él. Nadie dirá que fue útil a la fuente al beber de ella, o a la luz por ver gracias a ella. Sólo desea nuestro amor, dejándonos libres para dárselo o no. Pero ha de ser un amor sincero, confiado, total, sin trampa, capaz de sacrificarse por Aquél a quien ama.

Quizá piensas: ¿no valora Dios mucho los detalles pequeños? Sí, tienes razón. El amor se demuestra a menudo en cosas sencillas. Pero han de ser el resultado de un fuego interior que les da vida, como los granos que aparecen por el cuerpo cuando tienes fiebre alta o una reacción alérgica: salen de dentro. Con esa actitud vivieron los buenos cristianos al principio, dispuestos a todo lo que fuera necesario antes que echar de su vida a Dios o traicionarle: Muy grande es la fuerza de este amor pues, a pesar de los desprecios, desea morir y vivir hecho una sola cosa con ellos. (...) Porque puede darse el caso de uno que ame, pero rehúya el peligro; pero ése no es nuestro caso. Aunque no hace falta irse tan lejos en el

tiempo.

Héroes del silencio

Albania, cuando llegó el comunismo en 1944, tenía unos doscientos sacerdotes. Más de setenta fueron encarcelados, y diez murieron torturados o a causa de los suplicios. Monseñor Zef Simoni, consagrado obispo por Juan Pablo II en 1993, uno de los pocos supervivientes de aquella persecución, contaba en una entrevista: Me encerraron durante doce años en el campo de Spac, una prisión que podría compararse al campo nazi de Mauthausen. Se encontraba cerca de una zona minera, en la que los detenidos eran obligados a un trabajo incesante y peligroso. De hecho, muchos murieron. Los prisioneros eran sometidos a descargas eléctricas, tenían que caminar descalzos sobre placas metálicas incandescentes. Les llenaban la boca de sal o les obligaban a tragar medicamentos dañinos para el sistema nervioso. Recuerdo que el sacerdote jesuita Gjon Karma fue enterrado vivo en un ataúd. El franciscano Frano Kiri estuvo atado a un cadáver durante varios días hasta que comenzaron a salir los líquidos del cuerpo. Otros fueron ahorcados, decapitados o ahogados en lodazales. A don Mark Gjini, mediante torturas, le exigieron que renegara de Cristo (...) Murió atado de forma que se asfixiara, y su cuerpo fue echado a los perros; sus restos fueron luego echados al río.

Con la ayuda de Dios, nosotros sólo tratamos de ser fieles a Cristo, a la Iglesia y a nuestra misión sacerdotal. El 22 de septiembre de 2005 se encontraba en el Vaticano en una audiencia general, orgulloso de su fe: Hoy presentamos al Papa, en el corazón, a tantos hermanos que fueron

masacrados, a tantas religiosas y a tantos laicos que fueron perseguidos y que no renegaron de la Cruz.

En el siglo XX hemos tenido muchos testimonios de gente corriente que ha procurado poner de verdad a Dios en el centro de su vida, a veces soportando grandes dificultades o sufrimientos. Los hombres, a través de los siglos, al encontrarse con Cristo, le han dirigido y continúan dirigiéndole hoy la pregunta fundamental: «¿Quién eres? ¿De dónde vienes?» (cf. Jn 19, 9). La respuesta a esta pregunta depende sobre todo de la actitud interior de disponibilidad y apertura del que la plantea. También vosotros, en esta edad bella y dramática, en la que florece toda vuestra realidad personal corporeidad, sensibilidad, voluntad, inteligencia estáis realizando esta búsqueda continua, que es a la vez un descubrimiento renovado, y os dais cuenta de que vuestra respuesta envuelve, en lo positivo y en lo negativo, toda vuestra existencia.

Todo esto resulta muy bonito, pero compruebas que muchos no se comportan así. Y además notas en tu interior que es difícil poner siempre a Dios en la cumbre de tu vida, y que a veces lo quitas para poner otras cosas que te parecen más importantes. Pero Jesús ya nos aclaró que nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión a uno y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo: si Dios no es lo primero, acabará siéndolo otra cosa. San Agustín, que tenía una larga experiencia personal de esa contradicción interior, lo expresa bien: Dos amores fundaron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la

celestial. Ambas ciudades están como enfrentadas y a la vez superpuestas, de modo que parecen mezclarse. Hace falta un esfuerzo diario para permanecer en la ciudad de Dios, fundada en la entrega y el don de sí, sin abandonarla para irse a la ciudad de los hombres, edificada sobre el orgullo y el egoísmo. La luna y el amor, cuando no crecen, disminuyen (proverbio portugués), y esto también se cumple con respecto a Dios.

Es verdad que vivimos tiempos de cambio climático (cultural), y los fríos vientos invernales que corren amenazan con agitar el árbol y hacer caer bastantes de sus hojas, que quizá en su mayoría están ya secas (muertas). Pero esto es un modo de revitalizar el árbol para una nueva primavera. Si se mira superficialmente a nuestro mundo, impresionan no pocos hechos negativos que pueden llevar al pesimismo (...) Mas éste es un sentimiento injustificado (...) Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo, y cuyos protagonistas serán los jóvenes de hoy, la próxima generación de cristianos.

Jesús dijo una vez que sólo los limpios (puros) de corazón podrán ver a Dios²¹. Y la palabra puro significa sin mancha, pero también sin mezcla: el oro es puro cuando no tiene otras cosas, cuando es puramente (solamente) oro; el aire puro es el que está limpio de la contaminación. ¿Quién podrá subir al monte del Señor? ¿Quién podrá estar en su lugar santo? El de manos inocentes y de puro corazón. Dios sólo acepta corazones puros, en los que Él no está mezclado con otras cosas al mismo nivel. Además, así como un alimento contaminado hace enfermar al cuerpo, un cristiano que no vive

decididamente su fe hace daño a los demás, introduce un elemento de corrupción, algo que distorsiona y estropea el conjunto: Quien se pone a trabajar con hilo distinto destruye el tejido entero (Confucio).

Actualmente palabras como éstas o las antes citadas de Jesús el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna apenas tienen sentido en la mente de no pocos jóvenes. Hay un miedo y un temor: Es mejor disfrutar de lo conocido que vivir amargados por lo desconocido.

Jesús habla de la vida eterna, pero ¿realmente existe o es un cuento que ha ido evolucionando durante los siglos? No podemos ser tan prácticos y materialistas: si quieres algo, es lógico que te cueste algo. Pero si tienes fe, esos sacrificios ya no lo son tanto: son entonces un modo de vida lleno de sentido.

Muchas cosas de tu vida adquieren nuevo sentido, color y significado cuando se apoyan en una fe madura, coherente. Todos nosotros conocemos ese momento en el que no basta hablar de Jesús repitiendo lo que otros han dicho, sino que hay que decir lo que uno piensa; no basta con adoptar una opinión, sino que es preciso dar testimonio, sentirse comprometido por el testimonio y llegar después hasta las últimas consecuencias de las exigencias de ese compromiso. Es responder de verdad, sin miedo, a la pregunta decisiva de Jesús a los apóstoles: y vosotros, ¿quién decís que soy yo?. Pero cuando falta esa capacidad de arriesgar que pide la fe, se va concediendo cada vez menos tiempo e importancia a Dios y a sus asuntos:

Vivimos tiempos crueles, o a mí me lo parecen.

Vivimos esperando otro golpe de suerte.

(...)

sinceramente da lo mismo,

qué importará quién pierde o gana

si nunca nos jugamos nada.

Sólo una espiritualidad más intensa y unida a la vida diaria, y una visión de las cosas y situaciones más de acuerdo con la fe que digo tener, asegura la unión con el árbol, la savia necesaria, la ayuda para superar las dificultades y crecer. Y lo más hermoso es que esto está al alcance de todos: la madre y el padre de familia que velan por la salud y la educación de sus hijos; la trabajadora que cumple en su empresa y a la vez se esfuerza por conseguir mayor justicia social; el científico que trata de descubrir las leyes de la naturaleza; el panadero, la secretaria, el agricultor, la médico o enfermera, el fontanero, el profesor universitario, la abogada, el policía, el estudiante o la maestra... De lo contrario habría una doble vida, una esquizofrenia: la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social. Para un cristiano sólo hay una única vida, a la vez material y espiritual, y ésta es la que tiene que ser en el alma y en el cuerpo santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

Los cristianos de los tres primeros siglos, a pesar de ser perseguidos y tener muy mala prensa, eran muy exigentes con los que se decidían ganados por su gran caridad y la intensa alegría que manifestaban a ser también discípulos de Jesús. Los adultos debían pasar un período de conversión, aprendizaje y purificación - metanoia, que significa cambiar de mentalidad, de ideas:

el catecumenado, que duraba a menudo hasta dos o tres años, con fuertes y largas penitencias si sus pecados habían sido muchos o graves. Tenían muy claro que preguntar a un catecúmeno «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle «¿quieres ser santo?». Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). Y, a pesar de esa fuerte exigencia, cada día eran más y más los que querían hacerse cristianos...

No era la suya, por tanto, una religiosidad superficial, un hobby para los fines de semana o unos días especiales, un pegote añadido a su vida diaria, pero con escasa influencia en ella. No era como el papel de un caramelo, como un envoltorio cristiano hecho de costumbres y tradiciones culturales, pero sin tocar el nervio de la propia vida, de sus ocupaciones, ilusiones y anhelos. Sabían que su fe debían interiorizarla, que no se trataba sólo de portarse bien por fuera, sino que era mucho más: que habían de ser buenos por dentro. Era un nuevo nacimiento, una nueva creación, un nuevo modo de ser, de ver y plantear las cosas, de relacionarse con los demás y con el mundo que les rodeaba, que se iniciaba al ser bautizados.

Por el bautismo hemos sido renovados, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros (...). ¿De qué manera? Con su palabra, que es objeto de nuestra fe; con el llamamiento de sus promesas; con la sabiduría de sus consejos; con los mandamientos de su doctrina. Él mismo profetiza en nosotros, abriéndonos la boca para la

oración; vive en persona dentro de nosotros y con la gracia del arrepentimiento nos introduce, a quienes estábamos esclavizados por la muerte, en un templo incorruptible.

En su mente estaba muy claro que bautizarse significaba un nuevo modo de pensar y de vivir, un compromiso con Dios.

Y, para examinar la sinceridad de ese compromiso, Dios ha puesto a lo largo de la vida de cada persona momentos de encrucijada, en los que se enfrenta a dilemas que permiten ver de qué lado está realmente.

Pues debe elegir entre aceptar algo costoso que Dios le pide un cambio, una renuncia, un sufrimiento o no aceptarlo; y Jesús aclaró que el que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama. Pero también ha querido dejar algo permanente, que realice de manera ordinaria esa función purificadora: su Presencia en la Eucaristía. Ésta, además de alimento y fuerza para el cristiano que peregrina hacia la otra vida, actúa como un filtro, como una depuradora, que permite reconocer a los verdaderos cristianos, pues condensa y resume en sí de algún modo los principales misterios de la fe. Sólo quien cree en esa Presencia y la pone en lugar privilegiado en su vida puede llamarse verdaderamente cristiano. Sólo quien tiene esa fe viva ha pasado el filtro, el corte, no se va separando del cuerpo, no se queda fuera.

Se requiere, por tanto, una tarea constante de purificación interior, de comprobación y rectificación de nuestras verdaderas intenciones. Muchos habían visto a Jesús hacer milagros, algunos muy espectaculares: la

multiplicación de los panes y los peces, la resurrección de Lázaro. Pero su actitud no es sincera, su intención no es buena: no buscan vivir de verdad todo lo que Jesús enseña (sólo lo que les conviene), quieren aprovecharse de Jesús de modo egoísta, para sus propios intereses. Su relación con Dios se parece más a un amuleto de buena suerte, o a un intercambio comercial le doy algo y Él me da a cambio lo que le pido, que a una alianza de amor. Hace falta buscar de verdad a Dios y poner nuestra vida en sus manos, sin quedarnos en la superficie: Dame, hijo mío, hija mía, tu corazón, nos pide Él.

Se trata de vivir un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas. Jesús vio a Mateo y le dijo: Sígueme, que quiere decir: Imítame; le dijo: Sígueme, más que con tus pasos con tu modo de actuar, porque quien permanece en Cristo debe vivir como él vivió.

¿Tienes de verdad una firme decisión de vivir tu vida como una alianza de amor con Dios? ¿Y de quitar todo lo que te lo impida o dificulte, yendo al fondo, a lo más profundo de ti? Recuerda que no hace falta cortar las ramas del árbol cuando el mismo árbol está cortado por el tronco o arrancado de cuajo, ni hay que seguir el curso de los arroyos cuando estás en la fuente donde nacen.

Sería un trabajo largo y penoso, y además poco inteligente, ir cerrando, uno tras otro, cada uno de los pequeños agujeros de una alcachofa de ducha para evitar que salga el agua, teniendo un poco más abajo una llave que bastase cerrar para suprimir de un solo golpe toda la salida del agua. Se requiere una disponibilidad interior

hacia Dios que se mantenga con el paso del tiempo, una fidelidad capaz de superar las dificultades. Es, en definitiva, centrarse en lo importante:

Yo... ¿para qué nací? Para salvarme; que tengo que morir es infalible.

Dejar de ver a Dios, y condenarme, triste cosa será, pero posible.

¿Posible, y río, duermo y quiero holgarme?

¿Posible, y tengo amor a lo visible?

¿En qué pienso, en qué me ocupo, en qué me encanto?

Loco debo de ser, pues no soy santo.

Hay un pequeño juguete, fabricado por algún sabio profesor, que ha provocado más de una vocación de científico: un disco redondo de papel, pegado sobre cartón o madera, dividido en siete sectores y en ellos pintados los colores del arco iris. El experimento consiste en pinchar en el centro del disco un palito y hacer girar el disco a gran velocidad.

El resultado visual es que ¡el disco se vuelve blanco!, pues el blanco es la suma de los siete colores del arco iris. Eso ha de ser la vida cristiana, tu vida: una unidad fuerte y profunda, fruto de la suma de todos tus colores (dones, capacidades, dimensiones vitales), que se logra al hacer girar todo lo que eres y haces cada día alrededor de un único eje, que ha de ser Jesucristo. Así experimentarás una gran plenitud interior. Así se reflejará siempre en tu vida el color blanco, que es el color de la santidad, de la plenitud: el color de Dios